

CATALUNYA ES UNA FIESTA

M. VAZQUEZ MONTALBAN

EN 1932, la Junta Directiva del Barcelona, F. C., se adhirió a la reivindicación del Estatuto para Catalunya. Don Agustín Montal recordó este hecho en el transcurso de la asamblea de compromisarios celebrada el miércoles 13 de abril, horas antes, ay, por poco, del glorioso aniversario de la proclamación de la Segunda República. Y don Agustín Montal recordó el efemérides, porque a continuación colocó al Barça 1977 al pie de la renacida reivindicación del estatuto de 1932. Los mil quinientos asambleístas respaldaron con una ovación la propuesta de Montal. El Barça, porque es más que un club, se adhiere a la campaña pro estatuto de 1932.

Con este dorado broche político, Montal iniciaba una tregua político-social en el seno del Barça, una tregua en plena guerra de la frustración generalizada. Otra Liga que se escapa y, además, Rexach y Marcial apartados del equipo, en actitud de abierta rebeldía frente a Rinuls Michels. Los compromisarios condenaron a Rexach y Marcial, suscribieron el estatuto de Autonomía de 1932 y aceptaron la renovación de Cruyff y Michels por un año más. Montal anunció que sería presidente hasta diciembre y que entonces dimitiría. En el transcurso de la asamblea, repetidas veces indicó indirectamente que su delfín predilecto es Raimundo Carrasco, vicepresidente del Barça y de Banca Catalana, hombre en el que tienen puestas todas sus complacencias tanto Montal como Jordi Pujol, y que reúne también cierto valor añadido político: es hijo de Carrasco y Formiguera, líder de la democracia cristiana catalana fusilado por Franco en plena guerra civil, por cierto, fusilamiento que fue jaleado por la revista "Destino" en su tiempo. ¡Cuántas vueltas da el mundo, Señor!

De la comprobación, una vez más, de que el Barça es más que un club y que el vicepresidente del Barça es más que un vicepresidente del Barça, quisiera que el lector amigo o enemigo sacara ciertas consecuencias sobre la politización generalizada que preside la cotidianidad de Catalunya.

Todo es política. Por ejemplo, se insiste en que el señor Samaranch asiste a cursillos acelerados de lengua rusa rigurosamente soviética para atender con eficacia su próximo puesto de embajador en Moscú. Pero no irá a Moscú el señor Samaranch, sólo a hacer de embajador. El señor Samaranch es más que un embajador, es un aspirante a la presidencia del Comité Olímpico Internacional, y dado que durante su estancia como embajador en Moscú podría ganarse "los votos del Este", el Gobierno español le secundaría en el objetivo olímpico alcanzado a través de los caminos diplomáticos. De paso, el Gobierno Suárez se quita de enmedio a un ex franquista con ambición de futuro, y el señor Samaranch se va del país en el momento crítico en que tenía que escoger entre de-

clararse ex franquista o demócrata.

La historia samaranchiana y olímpica que acabo de contarles pertenece al reino especulativo de "los enterados". Pero no me negarán que tiene la hermosura de una jugada de billar a tres bandas: Madrid-Barcelona-Moscú. Y sigue el juego. Bonita también la jugada de Sánchez Terán, dimitido como gobernador civil de Barcelona y presunto candidato electoral del Centro Democrático por Salamanca. A sustituirle viene Manuel Ortiz, ya conocido en Barcelona, donde actuó como delegado de Información y Turismo mediados los años sesenta. Tuve entonces el disgusto de conocerle en desigualdad de condiciones. La censura previa me revolcaba cada viernes la mitad de la revista *Siglo 20*, de la que yo era responsable redaccional. Ello no impedía que Ma-

nuel Ortiz fuera un delegado sonriente y poco amigo de insultar por teléfono, vicio en el que han caído algunos de sus sucesores, verdaderos asesinos de tímpanos e históricos teledirigidos. A Manuel Ortiz le corresponde la difícil tarea de supervisar la dura batalla electoral catalana y, aunque se le reconoce una mano izquierda similar a la de Sánchez Terán, se le desconoce, en cambio, los recursos que mueve su mano derecha.

Por lo demás, Catalunya es una fiesta. Los del PSC (ex Congrès) se han dedicado a digerir la necesidad de pactar con el PSOE, y han exteriorizado serias discrepancias internas sobre la cuestión. Militantes tan cualificados como González Casanova, Ciri Pellicer y Félix Cucurull se han dividido en dos bandos: los dos primeros defienden la alianza con el PSOE; el segundo desconfía y ataca a los apogetas, especialmente a Ciri Pellicer. El conjunto del partido celebró una fiesta popular por todo lo alto durante la tarde y la noche del sábado. Seis horas de fiesta con cantantes (Serrat, Tàpies, Motta, José Menese), orquestas (Música Urbana, Blai Tritono, Música Urbana), mítines de políticos, cine cómico y político, baile, coloquios sobre inmigración, medios de comunicación, planificación familiar, ocio, deporte. ■

LA SALVAJADA

En la tarde del 14 de abril, en una barriada madrileña —Vallecas— se produjo una salvajada más de las que se vienen sucediendo en España: un vehículo de la Policía Armada fue atacado con un explosivo incendiario, y las llamas alcanzaron a los cinco guardias que lo ocupaban. No hay ni siquiera necesidad de repudiar este hecho: su solo enunciado repugna. Alguno de los heridos: ha denunciado que las personas que estaban presentes no les socorrieron: habrá que atribuir esta falta de ayuda al miedo, al desconcierto, a la inseguridad. Suponer que la agresión fuese continuada por la falta de socorro a las víctimas es demasiado duro y supone un juicio desesperante de la mentalidad española. Si el indicio pudiera ser el de que se ha abierto una brecha profunda entre las fuerzas defensoras del orden establecido y algunos sectores de la población civil que se consideran amenazadas por ellas, habría que buscar altas responsabilidades. No es una situación admisible.

Hemos de llamar la atención contra los propagadores del odio. No debemos dejar que medre, entre nosotros. No debemos escuchar ninguna excitación, no debemos propagar nada que tergiversar la situación de salidas políticas que se está buscando. La provocación puede venir de cualquier sitio, de cualquier extremo. España no es extremista: su politización se está realizando en gran parte —en una inmensa mayoría— dentro del orden y del terreno de las ideas y de los medios lícitos de lucha.

En esta tergiversación puede aparecer ciertos

llamamientos a la exaltación como los que está practicando cierta prensa que juega con fuego, con fuego real. Incluso en órganos tenidos habitualmente como moderados pueden deslizarse provocaciones. Así, la idea de que el "cóctel Molotov", que hirió a los cinco agentes de la policía era una "tarjeta de visita republicana" (Abel Hernández, en "Informaciones", 15 de abril), como producto de los que "trataron de recordarnos en las calles de Madrid las 'excelencias' de la República". Confundir la República con la agresión a las fuerzas del orden es grave.

Pero no es éste el tema, ni hay que limitarse a él. El tema es que el ataque a cinco policías armados en Vallecas es intolerable desde todos los puntos de vista, y venga de quien venga: una provocación de ese orden en momentos decisivos para el país como los que estamos atravesando es doblemente asesina.

Probablemente este tipo de crimen no cesará hasta que se hayan encontrado cauces legales para la expresión de todos, y hasta que se pueda distinguir claramente entre quienes desean actividades políticas normales y los que utilizan el crimen como una política de lo imposible.

No es nuestro país el único implicado en estos momentos en el mundo en la violencia. Lo cual no es más que un módico consuelo. Cada uno debe luchar contra el crimen en su territorio y en su campo de acción. No puede traer más que la desgracia al país y, además, es intrínsecamente condenable, por sí mismo, aparte de por sus consecuencias. ■